

El protagonismo del cuerpo en la adolescencia

Lidia Telma Scalozub

“...si antes sosteníamos una articulación entre el registro singular y el social, este momento de la cultura nos marca, como camino ineludible, la determinación de lo social en el proceso de subjetivación.”

N. Fornari (2001)

Deseo en este trabajo desarrollar algunas ideas acerca del protagonismo del cuerpo en la adolescencia.

Desde los inicios del Psicoanálisis, el cuerpo ha tenido su protagonismo ya que fueron sus sufrimientos y los síntomas encarnados en el cuerpo de las histéricas, los que despertaron en Freud el afán de investigar y descifrar los enigmas en ellos contenidos. Así, el Psicoanálisis se asomó a descubrir lo simbólico contenido en cada “llamado” del cuerpo.

Ahora bien, al decir cuerpo ¿a qué cuerpo nos referimos? ¿De qué cuerpo se trata? Por cierto no del cuerpo que la anatomía muestra en sus láminas, tampoco del cuerpo disecado que abordan en los primeros pasos de su carrera, los estudiantes de Medicina.

Se trata entonces de otro cuerpo, el vinculado a la sensorialidad, al placer, al dolor, a la sexualidad y a lo enigmático de su significado para el Psicoanálisis.

Piera Aulagnier (1991), señala que en el momento del encuentro de la madre con el cuerpo del bebé recién nacido, ella “deberá extender a ese cuerpo la investidura que hasta entonces gozaba el representante psíquico que lo precedió”. Por tanto, *cuerpo* para el Psicoanálisis no es un dado, el ser corporal deberá constituirse y será por medio del investimento libidinal que sobre él ejerzan los objetos primarios y en un paso posterior, el propio Yo.

Para P. Aulagnier (1977), el cuerpo es una posesión del Yo y advendrá tal, en tanto sea catectizado por el mismo Yo al igual que por el otro (materno), para que sea concebido fuente de placer.

Así también las primeras inscripciones significantes llegarán a constituirse en zonas erógenas tal como Freud las describiera en “Tres Ensayos” (1905). Con el amamantar, higienizar, tocar, se van marcando dichas zonas en la experiencia del *infans* con el objeto. La fuente de la pulsión es representación, lo que Freud (1915) llamó “representación de cosa” y está ligado a las zonas erógenas en lo somático.

Serge Leclair (1970) se refiere a la noción esencial de zona erógena y a los términos *marca* y fijación para la singular inscripción en el cuerpo y a la persistencia casi imborrable de la erogeneidad en un punto del mismo. Son “las puertas del cuerpo con función de intercambio, que se ofrecen de manera preferencial y casi necesaria a la erogeneización”.

Podemos hacer vigente la frase de Freud (1938) de “el cuerpo íntegro es una zona erógena” cuando pensamos en el cuerpo de un/a púber.

El término *marca* me es particularmente relevante para lo que deseo desarrollar en este trabajo (lo veremos más adelante).

CUERPO Y ADOLESCENCIA

Con la llegada de la adolescencia y según haya sido la cualidad de las experiencias tempranas y las posteriores durante la niñez, el adolescente se verá frente a la tarea de procesar lo que su cuerpo le plantea en ese peculiar momento de su vida. Lo pulsional, con la particular fuerza del empuje puberal, le exigirá al adolescente poner en marcha una actividad simbólica frente al devenir de cambios en las formas y rasgos corporales vinculados al sexo, femenino o masculino y con ello la asunción identitaria.

Para ello deberá transitar un duelo por el cuerpo infantil y abordar la tarea de significación y “apropiación” del cuerpo adolescente, mediante un proceso de simbolización que pondrá en marcha como modo de habitar ese “nuevo cuerpo”, cambiado y cambiante. El extrañamiento promovido por los cambios puede hacer vivir al púber, por la eclosión sexual y sus efectos, una sensación de cuerpo como un ajeno para su psiquismo.

Más arriba mencioné las ideas de Piera Aulagnier (1977), acerca

del cuerpo como posesión y fuente de placer; pero también podrá ser origen de sufrimiento, fuente de dolor y displacer, poniéndose en evidencia su “autonomía” y “la antinomia entre el cuerpo pensado y el cuerpo real” (en este caso real, de la realidad). También podrá advenir como un “real” en el sentido que Lacan le da a lo inabordable e inabarcable, muchas veces fuente de fantasías paranoides e hipochondríacas.

Todo ello nos lleva a conceptualizar la pubertad como la época de la vida que por la irrupción de lo pulsional y los cambios mencionados se torna novedosa y desorganizante.

Como sostiene Julio Moreno (1998), se trata de un tiempo en que la estructura ordenada de la latencia con que el niño cuenta, no da abasto para contener las perturbaciones novedosas, propias de ese momento y que emergen de su cuerpo, del contexto familiar, social y cultural. Estos emergentes desbordan el cauce instalado durante la latencia y el púber “manotea” los recursos psíquicos que tiene a su alcance, es por ello que C. Castoriadis dice: “no se trata de un tiempo cronológico, sino de un tiempo de alteración”. Alteración que en relación al cuerpo puede tornarse patología.

En este sentido el/la púber-adolescente es particularmente lábil frente al impacto del entorno socio-cultural que en relación a lo corporal podrá ejercer fuertes presiones y efectos.

Cristina Corea (1998) estudió la influencia mediática sobre la niñez, pero en esos momentos todavía los padres pueden ser “mediadores”, mientras que en la salida al afuera familiar, el adolescente y su búsqueda de pertenencia, la perentoria necesidad de crear nuevos vínculos, lo dejarán más expuesto a los dictámenes del medio y la época.

Un ejemplo es que ya de niño incluido en las prácticas de consumo y aún más de adolescente se le impone la demanda de una imagen corporal “deseable”, la delgadez y esbeltez que sumado, en muchos casos, a un imperativo categórico singular instalado en el Superyó, podrá promover patologías alimentarias de distinta gravedad y/ o consumo de sustancias que podrán devenir adicción.

EL ADOLESCENTE Y SUS VINCULOS

Otra característica de la adolescencia, es la *destitución de los saberes*, del de los padres y de los adultos vinculados a él. Surgen las

dudas, la puesta en cuestión de lo que creía saber, aparece la rebeldía como autoafirmación, como búsqueda o como reacción frente al vacío promovido por los distintos cambios, en el cuerpo, en los lazos familiares y amistosos y en el discurso de la época; así como la caída de los ídolos de la infancia y una búsqueda a veces ansiosa de nuevas figuras idealizadas y nuevos soportes como modo de evitar el contacto con aquello que da cuenta del vacío.

Tienen lugar los duelos por todo lo que deja de ser como era, el cuerpo, los padres idealizados, los amigos que empiezan a cambiar su valor de amistad. El púber por tanto se enfrenta a un acontecimiento, en tanto fenómeno inédito en su vida.

Se podría pensar en un empuje intenso de lo nuevo, un reverdecir de lo edípico, lo sexual, movido por lo biológico e inserto en el cuerpo, en lo subjetivo y en el contexto familiar y social. Una reactualización y a su vez una *nueva presentación* de la conflictiva edípica, vivida de un modo novedoso y diferente porque *lo sexual ya no es en potencia* sino con posibilidad de realización, poniendo tanto al Yo como al Superyó en una nueva posición frente a la demanda pulsional y a las interdicciones.

Hay una verdadera metamorfosis subjetiva que implica generar nuevas re-presentaciones para lo novedosamente presentado, nuevas *marcas*.

Si un nudo fundamental de esta época es el caer de los saberes, sobre todo el parental, habrá en el mejor de los casos, una búsqueda de los mismos en el afuera familiar, una salida exogámica. Esta, si bien se prepara desde la concepción misma del sujeto, por el lugar al que adviene en la trama familiar desde el deseo inconsciente de los padres, el momento en el que se pone en juego verdaderamente la acción en el afuera familiar es en la pubertad y en la adolescencia.

Por todo ello se pone en evidencia, un des-tiempo generacional propio de las transformaciones mencionadas y diferente por su cualidad a las que luego me referiré.

Con esto se vinculan los distintos ritos que tienen lugar en algunas culturas, como pasaje de la infancia a la adolescencia y/o adultez, ya que la adolescencia como concepto, en la historia de la humanidad, no tiene más de 40 años.

De todos modos vale la pena diferenciar los fenómenos puberales de los de la adolescencia, en tanto en ésta última tendría lugar el procesamiento de todo lo que se “revolucionó” en la pubertad (P. Gutton, 1993). Eso en el caso de que el desborde haya encontrado

luego su cauce, en caso contrario sobrevendrán las distintas patologías.

Siguiendo con la idea de que todo lo descrito ocurre en un sujeto inmerso en una trama familiar, a su vez sujeta a parámetros sociales y culturales, quiero remarcar cómo se desacompanan los tiempos entre las generaciones. Las asimetrías propias del vínculo entre padres e hijos, podrán alterarse, a veces borrarse y otras aumentarse.

El alterarse será inevitable en el nuevo posicionamiento en los vínculos.

El borrarse lo vemos frecuentemente en nuestra clínica cuando los padres se “adolescentizan” frente a la adolescencia de los hijos.

En la película “A los 13” de Catherine Hardwicke (que se desarrolla en EE.UU. en nuestros días), de la que tomaré aquí el aspecto que deseo destacar y que tiene que ver con el borramiento de la asimetría generacional, es el de la madre de una de las protagonistas de la película, una mujer madura “adolescentizada”, con una sexualidad que trasciende los límites de la privacidad, se exhibe en sus aventuras amorosas y promueve confusión en su hija. Festeja cuando un tercero, al verlas juntas les dice: “*parecen hermanas*”.

Hay una temporalidad acelerada, vertiginosa en ese vivir adolescente y un querer detener el paso del tiempo, negarlo o a veces volverlo atrás, en la generación precedente.

Ese *des-tiempo* donde se borra la asimetría y la diferencia generacional, es de frecuente observación en la práctica clínica con púberes y adolescentes, en nuestros días.

Otro desfasaje de la temporalidad y lo generacional, donde se abre una brecha, como saltando una generación y los padres responden ante ciertas prácticas de su hija/o, como si pertenecieran a una generación anterior, la de sus padres, lo veremos luego cuando relate una experiencia de la clínica en relación a este tema y al *de las marcas*.

Adolescencia y marcas

Marca en el diccionario de María Moliner, *es la señal dibujada* (la cursiva es mía) pegada, hecha a fuego, etc. en una cosa, un animal o una persona, para distinguirla y saber a quién *pertenece* (cursiva mía).

Pertenencia: vinculado a pertenecer, a propiedad... Cosa que pertenece a otra como parte o accesorio.

El constituirse como sujeto, como vimos, implica ser marcado por el discurso vigente familiar, social y cultural de una época. Estas son marcas ineludibles en el proceso de constitución subjetiva.

Pero aquí deseo referirme a otro tipo de marcas, las elegidas, llevadas a cabo en la piel, en el propio cuerpo como por ejemplo los tatuajes, el *piercing* (perforación que agujerea la piel), el *branding* (marcar la piel), etc.

Ahí estará la *marca*, elegida por un sujeto, por un adolescente en este caso, que tendrá el sentido, entre otros, de aquello que le permitirá *pertenecer*.

Si la cultura y el discurso social promueven la moda del uso del tatuaje, éste puede constituirse en “el pasaporte” para que un adolescente pueda integrarse en la comunidad de la que se trate en su medio, pero también tiene una significación singular.

Vinculado a *tatuaje*, el diccionario mencionado lo define como acción de *tatuar*: hacer dibujos o pinturas en la piel introduciendo materias colorantes bajo la epidermis.

Sabemos que los tatuajes son irreversibles en cuanto a su posibilidad de ser removidos, “son para siempre” como se suele decir de ellos.

Es, en ese estar rodeado de objetos efímeros, tan propio de nuestra contemporaneidad, inscribir en la piel algo perdurable que niegue la caducidad vinculada al paso del tiempo.

Esta necesidad que llega a tener un adolescente de portarlo como marca de pertenencia, tiene que ver también, con el discurso cultural “del consumo”. Tal como plantea N. Fornari (1999), los medios de comunicación “emiten... mensajes conducentes a generar subjetividades uniformes dispuestas a consumir lo que el mercado necesita vender.”

En la *película* “A los 13”, de la directora Catherine Hardwicke, antes mencionada, puede verse la relevancia que adquieren la piel y las sensaciones en su superficie.

La piel, zona erógena como ya lo planteara Freud en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905), es sede y fuente de excitaciones tanto placenteras como dolorosas, es también “barrera protectora antiestímulos” (Freud, 1920), se torna en estos casos, escenario de distintos actos, entre ellos el tatuaje, el *pearcing*, las escarificaciones, etc. Estos también tienen función erotizante y de seducción.

La película nos muestra el despertar sexual que produce tantos

matices de sensaciones así como de confusiones y muchas veces despersonalización.

Los grupos se configuran según ostenten sus componentes, el florecimiento sexual o, por el contrario, lo repriman. Pero me interesa destacar de la película, el recorrido que hacen las dos chicas protagonistas, para tatuarse, hacerse *pearcing* y demás, como modo de tener los mismos signos que los de su comunidad, vibrar o excitarse con las sensaciones aun dolorosas.

Ya D. Meltzer en los *Seminarios de Novara* (1978), categorizó los distintos modos de transitar la adolescencia en cuatro procesamientos psíquicos y señaló que uno de los más “saludables” es el deseo de pertenecer a “*la pandilla de pares*”, comunidad o mundo adolescente.

Los otros en sentido creciente hacia la patología serían la latencia prolongada que denominó “*el niño en la familia*”, o sea el niño que se encuentra en las puertas de la pubertad sin recursos internos para afrontar la turbulencia propia de ese momento.

La huida a la adultez (el exitismo) lo que llamó “*el mundo de los adultos*” son los que dan un “salto” a ser adulto porque viven a éstos poseedores del saber y la sexualidad, invistiéndose de un ser grande aceleradamente y *el aislamiento* como la “resolución más seria” ya que no puede transitar ninguna de las otras.

ADOLESCENCIA Y PRACTICAS EN LA PIEL

Quiero centrar ahora el protagonismo del cuerpo en la adolescencia en su superficie, la piel.

La piel como escenario de prácticas que si bien milenarias, como el tatuaje, aparecen hoy tan difundidas. Se suma a dichas prácticas la del *pearcing* (perforaciones en distintos lugares para colocar en él un objeto metálico), el *branding* (marcas producidas con objetos cortantes o quemantes).

Hacer referencia al tatuaje, cobra sentido además para plantear, con un material clínico, la cuestión de la temporalidad y los destiempo generacionales, tal como lo anticipé más arriba.

También encontré en estas prácticas un “parentesco” con patologías adictivas tales como la bulimia y el consumo de sustancias.

S. Reisfeld (2005) describe en su libro esta relación “...una vez franqueada la línea del primer tatuaje, podría activarse una tendencia

a seguir tatuándose, situación que podíamos asociar con una predisposición similar a la que existe en la drogadicción”.

“El primer tatuaje posibilita una integración social y la inclusión en un grupo que otorga un claro marco de referencia... ..se acompaña de una vivencia mágica de cambio en el self (como un regulador de la autoestima)... la importancia de exhibirlo como habiendo sido capaz de resistir el dolor”.

En la bulimia, muchos autores consideran su parentesco con las adicciones, llegándose a plantear como paradigma de ellas. Diría que las tres comparten la presencia de un Superyo tiránico que ubica al Yo en una posición masoquista.

RELATO CLINICO

“Yo quiero ponerme un arito acá (señalando el extremo de la ceja), también quiero hacerme un tatuaje, pero no me dejan”. Ante la pregunta del porqué quiere eso, responde “porque me gusta” y agrega “mis papás son de otra época, para ellos es terrible, tienen miedo que me pase algo, como que me fuera a morir”.

Corina es una adolescente de 16 años y medio cuando pide consultar ocho años después de finalizar su análisis infantil.

Cuando niña (6 años) Corina repetía muy frecuentemente que quería morirse, ante un reto o una reprimenda, por una travesura de las muchas que hacía. Eso preocupó mucho a su madre, no así a su padre que le restaba importancia a esos dichos, pero en cambio sí le preocupaba lo poco que Corina comía y los manierismos en relación del acto de comer.

En la etapa diagnóstica quedaron resaltados (desde mi punto de vista) los desacuerdos en la pareja parental, el que ambas abuelas cuidaran cotidianamente a las niñas, durante las horas de trabajo de la pareja y la opinión del padre acerca de: *“si las abuelas las cuidan y usan sus propios criterios, nosotros no tenemos porqué imponer los nuestros”*.

Aparecían múltiples referencias a la injerencia de las abuelas acerca de las pautas de crianza y fue evidente la falta de alianza en los padres para generar acuerdos y crear la propia edición de familia.

Como dije más arriba, después de ocho años de terminado su análisis Corina pidió verme.

Sin embargo no fue ella quien llamó, sino su madre diciéndome

que a Corina le estaba yendo mal en el estudio, que había repetido el año anterior, que mentía y que estaba muy insistente con hacerse un tatuaje y ponerse un arito en la cola de una ceja. Por otra parte, cada tanto y en relación a alguna pelea con sus padres, volvía a decir que sería mejor no vivir.

Todo ello traía malestar familiar en el que tallaban mucho las intervenciones de ambas abuelas y que de distinta manera la culpabilizan por los problemas de salud que le trae a su madre con su comportamiento (la abuela materna) y comparándola con una prima de mala reputación en el folclore familiar (la paterna).

Siendo Corina la que pidió verme, la cito a ella a una entrevista.

En el curso de la misma recuerda detalles de su análisis infantil, luego comenta que se hizo poner un “arito en la panza” y que quiere ponerse otro en la punta de la ceja, pero que no la dejan, por eso a escondidas se puso el de la panza.

Eso le trajo problemas en el colegio porque la preceptora se enteró y envió una nota a su casa, que la hizo sentir mal y volvió a decir, como hacía mucho que no hacía, “¿para qué vivo, para traer problemas?”

Dice que siente que le están encima controlándola todo el tiempo y que ahora su objetivo es convencer a los padres para hacerse un tatuaje. Al preguntarle sobre sus intereses y gustos, dice: “el estudio me embola, quiero terminar de una vez, no me gusta!!!”

Le pregunto que si no le gusta y la embola, para qué quiere terminarlo (siendo que le faltan dos años) y me responde: “para que mis viejos no se enculen y no estén todo el tiempo controlándome”. En este punto advertí que no hay deseo en Corina que oriente sus objetivos a invertir sino el de responder a un Superyó tiránico que se los impone.

“No me gusta que me reten, mi tía lloraba cuando se enteró lo del arito”.

“Mi abuela jode con que mi mamá era prolija, estudiosa..., como para que tome el ejemplo”. “Qué ejemplo!!, si mi mamá no hacía más que estudiar y ayudar a mi abuela y a lo sumo salía a comer pizza con una amiga”. “Y mi papá... que iba a bailar de traje y corbata...” “De otra época!!!!!!”

Fue difícil descubrir cuáles eran sus intereses, el único claro parecía ser su deseo perentorio de hacerse el *piercing* de la ceja y el tatuaje.

Luego dice que “hay padres que están orgullosos de sus hijos, pero de mí...”

Le digo: “cómo te gustaría que alguien lo esté de vos!” Sonríe asintiendo.

Recordemos el valor de elevar el sentimiento de seguridad de sí y la propia valía, que da el hacerse un tatuaje, tanto en lo que se refiere a ser incluido en el grupo de pares como en el haber tolerado el dolor.

Cerca del final de la entrevista exclama: “*Listo, ya me descargué!!!*”.

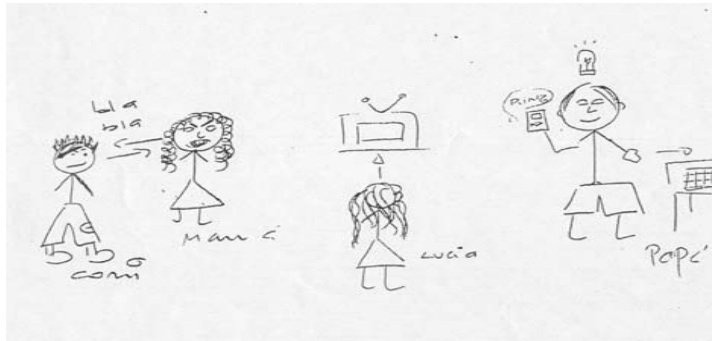
Cuando Corina pidió la consulta, ¿habrá pensado encontrar en este espacio algún sentido a lo que le estaba pasando? O simplemente buscaba un lugar donde “descargarse”. ¿Será su perentoriedad por hacerse el piercing y el tatuaje *una descarga*? Y en ese caso, ¿acerca de qué? Tal vez de los indicadores de vacío, ya que le resulta tan difícil encontrar qué investir con su interés.

Mencioné más arriba al Superyó tiránico, G. Pasqualini (1993) lo identifica con el imperativo categórico kantiano y dice “..que aleja del placer y el bienestar e impone la descarga”.

Este alejamiento del placer era fácil de descubrir en Corina en su permanente queja y referencia a situaciones de insatisfacción.

En otra entrevista dibuja a su familia “haciendo algo” tal como le fue dicho en la consigna

DIBUJO Nº 1



Vemos en él a su padre conectado con su teléfono celular, con la computadora y esa lamparita sobre su cabeza, que aparece como algo enigmático, (ya de chica, en su primer análisis Corina se quejaba que su padre estaba mucho tiempo con el teléfono).

Ella y su madre peleando (eso dijo) y su hermana mirando televisión. Impacta ver la expresión en el rostro de la madre y a Corina con aspecto de varón.

En una entrevista familiar el padre de Corina le dijo: “¡cómo te vas a hacer un tatuaje?!!, eso es cosa de estibadores, de marineros...”

Ahora bien, si el discurso cultural produce marcas en la subjetividad y en alguna medida en la visión que del mundo tiene un sujeto, ¿será el padre o la abuela quien emitió esa frase? o más bien, ¿la abuela por boca del padre?

En la historia de la práctica del tatuaje se describe que de las islas de la Polinesia donde parece haber tenido su origen, pasó a Occidente a fines del siglo 19. Y fue a través de los marineros que traían sus tatuajes, portándolos como *souvenirs* de sus travesías (S. Reisfed, 2005). De modo que ese decir “cosa de marineros” está más cercano en tiempo a un discurso vinculado a *esa* época que a la de nuestros días.

Pero si el pedido de Corina generaba ese decir en el padre (por cuya boca parecen haber hablado una o dos generaciones anteriores) y en la madre despierta el horror vinculado a la idea de enfermedad y muerte, quedaba excluida la posibilidad de que ese tema fuera puesto en palabras y se tramitara en un diálogo entre Corina y sus padres. Muestran aquí una discordancia de marcas de época por lo cual Corina queda en una situación de vacío y soledad y... “si la palabra hablada no tiene espesor de sentido, sino valor de descarga...” (E. Fornari, 2001), se apela a la acción, al acto que se oculta y que promueve una cadena de mentiras, tal como Corina comenzó a tejer, a partir de llevar a cabo en la clandestinidad, lo prohibido.

Algunas referencias a emergentes en el curso del tratamiento

Corina comenzó un análisis teniendo dos sesiones semanales. El contenido de las mismas giraba alrededor de situaciones de enfrentamiento con la preceptora o con alguna compañera, la queja por tener que estudiar y la insistencia en ver cómo hacerse el tatuaje y el *piercing*, que finalmente logró (este último) como negociación con la madre, al aprobar un examen.

Antes de eso, en una oportunidad y a causa de estar en cama por una gripe, la madre descubre que Corina en el hombro tiene un tatuaje, nada había dicho en su casa. Tampoco lo había comentado en sesión.

Surge de ello una gran conmoción en su familia, le recriminan el haberlo hecho, el haber mentido al hacérselo y ocultarlo. Su madre estaba aterrada con la idea de que esa no fuera simplemente una gripe, sino “que seguramente era el comienzo de una enfermedad crónica” a causa del tatuaje. En alguna entrevista que realicé con los padres, la madre habló de sus ideas en cuanto a que un tatuaje o un *piercing* fueran el modo en que Corina pudiese contraer SIDA y que, por otra parte de más grande fuera un obstáculo para conseguir un trabajo.

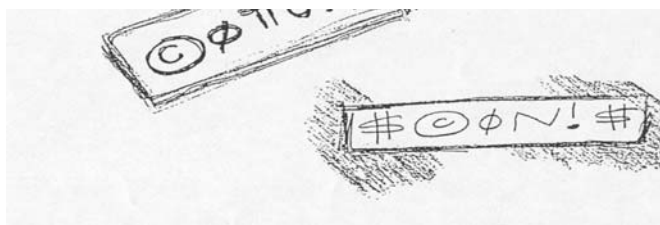
Pero también percibí e interpreté la desconfianza de Corina, de que yo fuera como esa preceptora que envió una nota a sus padres, por lo que no pudo confiar en mi capacidad de reserva trayendo a sesión su decisión de tatuarse. Esto remite a la desconfianza que, en general tienen los adolescentes en relación a los adultos en general, en quienes proyectan las representaciones de sus figuras parentales. Tema que considero relevante cuando tratamos adolescentes.

Lo que se había hecho tatuar era una letra china. ¿Apelaba Corina a la mirada de otro que no estuviese indiferente, como el padre en el dibujo de la familia?, absorbo por otros objetos sin fijar su mirada en Corina que la rescatara de la pelea mortífera con la madre.

¿Sería la letra china que se hizo tatuar, la que atraería su mirada?

Letra china que de no conocer esa lengua deberá ser traducida o des-cifrada, como “su nombre escrito de un modo cifrado” (E. Labos, 2005), en una sesión (Dibujo 2).

DIBUJO Nº 2



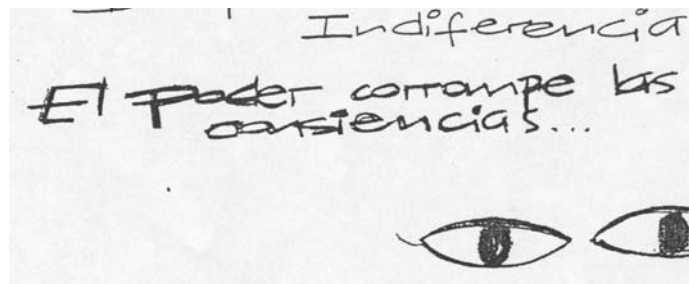
¿Por qué escribe o dibuja su nombre cifrado? ¿No se siente portadora de un nombre?

Parece no haberse podido apropiarse de él, su nombre escrito como un logo, confundido con el de una marca comercial, como si no dejara marca en su subjetividad.

Es función paterna asignar un nombre (al hijo/a), no sólo para nominar sino para constituir al *infans* como sujeto, pero el padre absorbe como se lo ve en el dibujo 1 y que “está siempre en otra”, como repetidas veces dijo Corina, cómo podría hacerlo, está corrido de su función.

En una sesión cercana a la que dibuja el “logo”, Corina escribe una estrofa de una canción (dibujo3) que se refiere a la indiferencia y dibuja unos ojos que miran fijo a algo o a alguien. Evidentemente el tatuaje hecho a escondidas y a su vez escondido tras sus ropas, “velado”, apelaba a una mirada.

DIBUJO Nº 3



CONSIDERACIONES FINALES

Considero que las distintas prácticas sobre la piel de un adolescente como por ejemplo el tatuaje, pueden ser pensadas como “marcas de época”, pero esto no abarcaría la complejidad del fenómeno, sería “una ligereza” ya que “todo tatuaje es o encubre un enigma que requiere un

trabajo interpretativo” (M. Pelento, 1999). Desde el lugar de psicoanalistas y sabiéndolo efecto de la cultura, se nos impone articularlo con lo singular en cuanto al develamiento de su significación.

En el caso que relaté si bien el tatuaje puede tener un sentido de pertenencia en lo social, en lo singular (tanto individual como familiar) permitió poner en evidencia que al estar los padres de Corina absortos en sus vínculos con sus respectivos progenitores, especialmente sus madres, no pudieron asomar su mirada a las pautas culturales y sociales de su propia generación y la de su(s) hija(s), quedando ambos términos de la relación inhabilitados para una puesta en palabras, que permitiera una circulación de sentidos.

La pubertad y la adolescencia plantean tanto al sujeto que la transita como a los que están vinculados con él, fundamentalmente los padres, la ineludible “tarea” de enfrentar lo novedoso. Se pone en escena un nuevo modo de presentación de la conflictiva edípica, de la sexualidad, de los vínculos familiares y sociales y de los efectos que la cultura tiene sobre ellos en cuanto subjetividades de la época.

BIBLIOGRAFIA

- AULAGNIER, P. (1977) *La violencia de la Interpretación*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- (1991) El cuerpo de la madre. En *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Paidós Bs. As.
- (1994) *Los destinos del placer*. Paidós. Bs. As.
- COREA, C. (1998) ¿Se acabó la infancia? Destitución de la niñez en el Discurso Mediático. *Cuadernos de APdeBA* n° 1, Dept. Niñez y adolesc.
- FREUD, S. (1905) Tres ensayos para una teoría sexual. T. VII. *Obras Completas*, Amorrortu editores.
- (1915) Trabajos sobre Matapsicología. T. XIV. *Obras Completas* Amorrortu editores.
- (1920) Más allá del principio del placer... T. XVIII. *Obras Completas*. Amorrortu Editores.
- (1938) Esquema del Psicoanálisis. T. XXIII. *Obras Completas*. Amorrortu Editores.
- FORNARI, E. N. (1999) Razón y sin razón. *Revista del Ateneo Psicoanalítico* N° 2.

- (2001) "Todo lo líquido se desvanece en el aire". *Revista del Ateneo Psicoanalítico* N° 3.
- GUTTON, P. (1993) *Lo puberal*. Buenos Aires, Paidós.
- LABOS, E. (2005) Comunicación personal.
- LECLAIRE, S. (1970) *Psicoanalizar*. Siglo XXI Editores.
- MELTZER, D. (1978) *Seminarios de Novara*. Traducido de Quaderni Psicologia Inf. Roma.
- MOLINER, M. (1998) *Diccionario del uso del Español*. 2ª. Edición Madrid, Gredos. (en CD.Rom).
- MORENO, J. (1998) Pubertad. En *Cuadernos de APdeBAN*°1, Dpto. de Niñez y Adolescencia.
- PASQUALINI, G. (1993) *Psicoanálisis: Ética más allá de la razón*. Grupo Editor Latinoamericano.
- PELENTO, M. (1999) Los tatuajes como marcas. *Revista de Psicoanálisis APA*, Tomo LVI. N° 2.
- REISFELD, S. (2005) *Tatuajes: Una mirada psicoanalítica*. Paidós.
- SAGREDO, E. (2001) Cuerpos Mutantes. *Revista del Ateneo Psicoanalítico* N°3.
- SCALOZUB, L. (1995) Fantasía y Concepto de muerte en los niños. *Actas de las Jornadas del Departamento de N. y A. de APdeBA*.
- (1998) El Duelo y la niñez. *Psicoanálisis*, Rev. de APdeBA, N° 2, Vol.XX.

Lidia Telma Scalozub
Malabia 2330, 1º "10"
C1425EZH, Capital Federal
Argentina